

CAPÍTULO XX

La batalla del Trebia.

Luego que advirtió Sempronio que la caballería nómida se aproximaba (año -219), destacó al instante la suya, con orden de actuar y venir con ella a las manos. Acto seguido envió seis mil flecheros de a pie y él se echó fuera del campamento con las tropas restantes. Se hallaba tan satisfecho de la mucha gente que mandaba y de la ventaja que había obtenido el día anterior sobre la caballería, que creía que sola la presencia bastaba para la victoria. Era entonces el rigor del invierno, nevaba aquel día y hacía un frío excesivo. Casi todos los hombres y caballos habían salido sin desayunarse. Al principio mostró la tropa mucho espíritu

y gallardía; pero apenas hubo pasado el Trebia, que a la sazón iba tan crecido por la lluvia caída durante la noche en aquellos contornos, que llegaba el agua al soldado hasta los pechos; el frío y el hambre (como ya era entrado el día) la abatió completamente. Por el contrario, los cartagineses habían comido y bebido en sus tiendas, les echaron pienso a sus caballos y se habían untado y armado alrededor del fuego.

No bien los romanos hubieron vadeado el río, cuando Aníbal, que aguardaba este lance, envía por delante para refuerzo de los números a los lanceros y honderos de las islas Baleares en número de ocho mil, y sale él con todo el ejército. A distancia de ocho estadios del campo formó sobre una línea recta su infantería, compuesta casi de veinte mil hombres, españoles, galos y africanos. La caballería, que con la de los galos aliados ascendía a más de diez mil hombres, la dividió sobre sus alas, y delante de éstas situó los elefantes divididos en dos trozos. En el transcurso de este tiempo Sempronio ordenó retirar su caballería, a la vista de no saber qué partido tomar contra un enemigo que, al paso que huía con facilidad y desorden, volvía otra vez a la carga con valor y brío. Tal es el particular modo de pelear de los números. Colocó después la infantería según el orden de batalla que acostumbraban los romanos. Ésta se componía de dieciséis mil romanos y veinte mil aliados, número a que asciende un ejército completo cuando se trata de una acción general y las urgencias han unido los dos cónsules. Cubrió después sus dos alas con la caballería, compuesta de cuatro mil hombres, y avanzó arrogante a los contrarios, marchando a lento paso y en orden de batalla.

Ya que estuvieron a tiro unos y otros, los armados a la ligera, que se hallaban al frente, empezaron la acción. Todo lo que tuvo de perjudicial este preludio a los romanos tuvo de ventajoso a los cartagineses. Pues a más de que los flecheros romanos de a pie estaban fatigados desde por la mañana y habían arrojado la mayor parte de sus dardos en la refriega contra los números, la continua humedad les había inutilizado los restantes. Igual penalidad sufría la caballería y el ejército todo. Mas a los cartagineses sucedía todo lo contrario. Esforzados y vigorosos, habían entrado en la lucha de refresco y acudían con facilidad y prontitud donde era necesario. Así, lo mismo fue retirarse por los intervalos los que peleaban al frente y venir a las manos la infantería pesadamente armada, que quedar arrollada en ambas alas la caballería romana por la cartaginesa, que era muy superior en número y había reparado al salir sus fuerzas y las de sus caballos. Efectivamente, abandonado el puesto por la caballería romana y desamparados los costados de la falange, los lanceros cartagineses y la tropa númera ocupan el lugar de los que se hallan delante, atacan la infantería romana por los flancos y la ponen en tal apuro que no la dejan pelear contra los que tenía al frente. Los pesadamente armados, que de ambas partes ocupaban la vanguardia y centro de toda la formación, pelearon sin ceder por mucho tiempo y mantuvieron igual el combate.

En este instante salieron los números de la emboscada y cargando prontamente por la espalda a los que luchaban en el centro pusieron en gran turbación y congoja las legiones romanas. Por último, atacadas ambas alas de frente por los elefantes, alrededor y en flanco por los armados a la ligera, vuelven la espalda y son rechazadas y perseguidas hasta el río próximo. Llegado este momento, los números de la emboscada atacan, matan y destroran las últimas líneas del centro

de los romanos, mas las primeras, forzadas de la necesidad, vencen a los galos y una parte de africanos, hacen en ellos una gran carnicería y se abren paso entre los cartagineses. Éstos, apenas advirtieron el destrozo de sus alas, perdieron la esperanza de poderles dar socorro o regresar de nuevo al campamento. Pues el terror de la caballería, el río y la lluvia que caía eran otros tantos obstáculos a sus intentos y retorno. Por lo cual, sin perder la formación ni desunirse, se retiraron a Placencia sin peligro, en número poco menos de diez mil. De los restantes, la mayor parte pereció a orillas del río, a manos de los elefantes y de la caballería. La infantería que logró salvarse y una gran parte de la caballería siguieron las huellas del cuerpo de tropas que hemos dicho y se refugiaron con ellas en Placencia. El ejército cartaginés fue en su seguimiento hasta el río, pero imposibilitado de pasar adelante por el frío, se retiró otra vez al campamento. Todos se hallaban gozosos con el feliz éxito de la acción. La mortandad de españoles y africanos fue corta, de galos más considerable; pero la lluvia y la nieve maltrataron a todos tan cruelmente que, a excepción de uno, murieron todos los elefantes, y el frío acabó con muchos hombres y caballos.